

EL HOMBRE

ES RESPONSABLE POR SUS CREENCIAS



MEDELLÍN
1890

IMPRENTA DE EL ESPECTADOR

EL HOMBRE

ES RESPONSABLE POR SUS CREENCIAS.

ESCRITO EN INGLÉS

por

EL REV. WM. P. BREED, D. D.

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

POR EL PRESBITERO J. G. TOUZEAU.

SE HALLA DE VENTA

EN LA LIBRERIA DE MANUEL J. ALVAREZ C.

MEDELLIN

1890

Imprenta de *El Espectador.*

PREFACIO DEL AUTOR

Sólo los partidarios del error que se impugna aquí, y no todos ellos, negarán que tiende á destruir los fundamentos mismos de la moral y de la religión. Ni puede negarse que sea el orígen de una incredulidad popular y general que constituye el credo defendido con celo, de ciertas personas que claman contra toda creencia; es decir, que si uno obra bien, Dios no tiene voluntad, ni el hombre tiene derecho de tomarle razón de sus creencias. Al mismo tiempo el hacer bien, que puede explicarse según el gusto ó la capacidad del individuo, tiene más significaciones que Proteo tuvo formas; puede consistir en evitar la inquietud; en asegurarse el placer; ó en satisfacer el orgullo humano, poniendo toda sensación desagradable bajo el dominio de la voluntad. Muchos, en efecto, lo explican como el estricto cumplimiento de los deberes ordinarios de la vida, satisfaciendo así todas las exigencias de Dios. Estos y muchos otros se unen para clamar contra todas las reglas de fe, y para declarar como absurda é imposible la idea de que hay obligación moral de creer según cierta regla prescrita, y proclaman al mundo: "Haced bien, pero creed según vuestra inclinación."

El objeto de esta obra es el mostrar cuál es el carácter verdadero de la indiferencia y de la incredulidad, y cuáles son sus frutos legítimos;

además trata de probar que es deber de cada sér moral tener creencias religiosas que sean justas, porque esa es también condición esencial para hacer el bien. Ojalá que no deje enteramente de ser provechosa á algunos esta obra: así lo pide á Dios fervientemente.

EL AUTOR.

PROLOGO DEL TRADUCTOR

En sentir del Traductor, el tema de este opúsculo es el más importante que pueda ocupar la atención de todo sér racional. No vale decir: "Yo no sé si existe un Sér ante quien soy responsable;" pues el que niega la existencia de un Dios, ó es incapaz de juzgar de las evidencias del hecho, ó es tan depravado que no quiere creer que tenga que dar cuenta de su conducta ó modo de vivir. Estoy convencido de que toca á cada uno examinar y estudiar la cuestión por sí mismo, porque la responsabilidad es del individuo. La fe recta y la buena vida de nuestros padres pueden ser provechosas para dirigirnos en pos de sus huellas; pero ante el Tribunal del Altísimo cada uno se presenta *solo* para ser juzgado según sus obras; por consiguiente no podemos echar sobre ningún otro la responsabilidad, ni aun en la iglesia. Siendo pues nuestras creencias tan importantes por motivo de su influencia sobre la vida presente y futura, todo hombre debe reflexionar si tiene una creencia que pueda dirigirle y ayudarle á cumplir

sus deberes para con Dios, para con sus semejantes, y además asegurarle un futuro de felicidad.

Tal vez dirás, lector: "Yo creo que puede ser verdadero todo lo que se dice sobre este asunto, pero no puedo fijarme ahora en tales cuestiones; estoy muy ocupado en otras cosas; tengo que ganar la vida para mi familia; tengo empresas que exigen toda mi atención; soy joven y hay tiempo, más tarde voy á pensar en tales cuestiones." Muy bien, amigo, pero puedes morir hoy ó mañana, y si no has arreglado tu cuenta con Dios ¿qué será de tí? Además, el que considera sobre todo el cumplir con el fin de su existencia, es decir, glorificar á Dios en su cuerpo y en su espíritu, puede hacer con mejor éxito todo lo necesario para su provecho propio y para el de otros. Que Dios tenga á bien emplear esta obra para el provecho eterno de muchas almas, es el deseo sincero de

EL TRADUCTOR.

EL HOMBRE ES RESPONSABLE POR SUS CREENCIAS

PRELIMINAR

¿No soy libre? Sí, en muchos y muy importantes sentidos el hombre es libre; sin embargo esta libertad está ligada á muchas necesidades. El hombre es libre especialmente en el pensamiento, libre para alzar el vuelo adonde quiera, libre en general para determinar á cuál de 10,000 objetos consagrará su atención por el momento, y cuál será la materia de su examen. Sin embargo hay asuntos que no esperan siempre su mandato para que vengan á verle, que no consultan su gusto y comodidad, ni en cuanto al tiempo y lugar, ni en cuanto á la duración de su visita.

El principal entre ellos es el de la religión. Muy á menudo el hombre muestra que no es perfectamente sabio, y con mucha frecuencia disminuye su felicidad recibiendo este asunto como huésped poco deseado en el recinto de sus meditaciones. Quizá á veces, fastidiado de su presencia, con gusto lo desterraría del pensamiento para siempre; pero éste, sin atención á su aversión y negativa, de cuando en cuando vuelve á presentarse para su consideración, y se abre paso tenaz entre el tropel de rivales, y triunfalmente vindica su título á una parte importante de su atención y deferencia.

Algunas veces esta cuestión se presenta al hombre en sus momentos de alegría; más frecuentemente en sus horas de tristeza; en muchas ocasiones ejerce presión sobre su alma en el camino ruidoso hacia la eminencia política, sugiriendo á los honestos y patriotas que aun la legítima gloria de este mundo es toda vanidad, y á los egoístas y á los poco escrupulosos que hay una retribución probable ó posible, arrancando la exclamación ominosa: "Si fuera posible que no me viese obligado á pensar en el pasado! Si pudiera ser esta vida el término y el fin de todo!"

Otras veces aparece á la vista hacia el fin de una vida fecunda, pero incrédula, y comparando el pasado actual con el porvenir demasiado probable, despierta reflexiones como las de Talleyrand al declinar de su vida: " ¡ Hé aquí, dijo, ochenta y tres años que han pasado! ¡ Cuántos cuidados! ¡cuántas agitaciones! ¡cuántas ansiedades! ¡cuánta mala voluntad! ¡cuántas tristes complicaciones! ¡ Y todo sin otro resultado que una gran fatiga de espíritu y de cuerpo, un profundo sentimiento de desaliento en cuanto al futuro, y de aversión en cuanto al pasado!" Sucede frecuentemente, ó más bien siempre, durante la escena última del drama mundanal, cuando el telón de esta vida va á caer y el de otra va á levantarse, que éste emite una luz preternatural sobre el alma, y hace verter palabras de interés patético y aun sorprendente. Como sucedió con aquel grande de la antigüedad, el gran Aristóteles: " ¡ Vine miserablemente á este mundo; en ansiedad he pasado la vida; me voy de aquí con

perturbaciones! ¡Causa de las causas, ten misericordia de mí!"

Ni tampoco se ahoga su voz con los ruidosos ecos de la hilaridad y de la alegría; aun aquí los pensamientos de la última hora vienen, y hacen que los hombres tiemblen, y lleven la muerte en el alma. "La risa será mezclada de dolor."

Así también las víctimas ensangrentadas y los altares humeantes, las fatigosas peregrinaciones y penitencias infligidas, el lujo y pompa del culto, y las ofertas preciosas de todos los países en todos los siglos, atestiguan la ubicuidad y el poder inmenso de la gran Idea Religiosa sobre el espíritu humano.

Un indú moribundo preguntó ansioso á un sacerdote Bramín: "¡Qué será de mí después de la muerte?" "Pasarás," contestó, "al cuerpo de un león." "¿Y después?" "Al cuerpo de una ave." "¡Y después, adónde!" "Luégo y durante millares de metamórfosis, á los cuerpos de varios otros animales." No obstante, atormentado más bien que satisfecho con tales respuestas, reunió todas las fuerzas que le quedaban en la última pregunta: "¿Y adónde al fin de todo?" ¡Ah, sí! "¿adónde al fin de todo?" En la contestación á esta pregunta *todos nosotros* tenemos conciencia de un interés intenso, y la incertidumbre que va siempre unida con aquel "al fin de todo," puede muy bien ocasionar frecuentes reflexiones en el espíritu de aquellos que rechazan la revelación.

La idea general de la religión es muy compleja. Sus elementos principales son sugeridos por preguntas como estas: "¿Soy un sér meramente

material, ó un compuesto maravilloso de materia y espíritu? ¿Soy una burbuja casual en el mar de la existencia, ó una criatura de la mano de un Dios personal é inteligente? ¿Son mis propios impulsos, mis inclinaciones y mi voluntad la sola regla de mi conducta, ó soy el súbdito de un gobierno justo y moral? ¿Es esta efímera vida *el todo* de mi existencia, ó hay vida futura y eterna? Y si hay vida eterna ¿cuál es la relación de este presente con ese futuro?" Ahora bien, todas las cuestiones envueltas en el asunto de la religión, encuentran su explicación en las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento. Esta solución se ha puesto en manos de centenares de millones, y ha ido á todos los puntos del globo. Ha sido examinada, analizada, zarandeada como trigo, y esto con mucha frecuencia, por espíritus preparados con todos los accesorios de inteligencia y erudición, y con algo más formidable todavía, con el estimulante de un firme designio de encontrar en ella, si fuere posible, algún defecto fatal. De todo esto ha resultado su adopción cordial por millones, á un mismo tiempo como perfectamente satisfactoria, y como la única solución posible de estos problemas tan llenos de interés é importancia para nuestra raza. A pesar de esto, muchos rechazan la Biblia. Otros proyectos de solución hay en abundancia: como las cosechas sucesivas de los campos, así las escuelas han estado variando constantemente de opinión; y los sistemas religiosos se multiplican de nuevo en cada generación. Aunque muy diversos en muchos puntos, sin embargo, en desacreditar la religión de la Biblia todos están de acuerdo. Algunos manifiestan especial

hostilidad á este elemento, otros á aquél; éstos lo atacan desde un punto de vista, aquéllos desde otro.

Uno de los modos de ataque más astutos y que producen mejores resultados en cierta clase de espíritus, consiste en poner la mano sobre una columna principal y, acumulando sobre ella todos los esfuerzos disponibles, luchar por destruir todo el templo cristiano. Esta columna fundamental es la Fe.

LA VERDADERA CUESTION

Aun un examen superficial de la religión de Jesucristo revela en sus fundamentos *el mandato* de creer. Las palabras *fe* y *creencia* en asuntos religiosos, aunque frecuentemente implican mucho más, siempre incluyen el asunto de la presente discusión, á saber: una recepción intelectual ó especulativa de ciertas doctrinas prescritas como verdades incontestables. Las Escrituras exigen como *indispensable condición* de participación en los beneficios por ellas ofrecidos, la adopción en el credo religioso de ciertas doctrinas sobre Dios y el hombre, el tiempo y la eternidad; y por consiguiente, que se rechace todo lo contrario á ellas. En el evangelio de Marcos, capítulo primero, versículo quince, el mandamiento es: "Creed al Evangelio." En Juan, capítulo seis, versículo veintinueve, el creer se presenta como de *primera* importancia entre los mandatos divinos, si no como la encarnación de ellos: "Esta es la obra de Dios, que creáis en Aquel que Él envió." También en Lucas, capítulo veinticuatro, versículo cuarenta y seis, la *suerte final* de estar en compañía de los in-

crédulos es presentada como cosa terrible. Finalmente, hay estas terribles palabras en Juan, capítulo tercero, versículo treinta y seis: "Mas el que no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él." Así queda establecido como verdad incontestable, que las creencias del hombre son asunto propio de mandato,–que un gobernador moral con razón puede exigir la fe en estas ó aquellas doctrinas indicadas.

Pues bien, ningún modo de rechazar todo el sistema cristiano es, ó puede ser, más directo, decisivo y completo, que aquel que afirma ser irracional, y por esto imposible, que el hombre sea responsable por sus creencias religiosas. Y tal es precisamente la forma de una incredulidad contemporánea, astuta y sutil, y hay motivo para temer que sea prolífica.

Algunas veces se declara que es absurdo muy patente que el Todopoderoso pueda obligar al hombre, bajo penas terribles, á afirmar en su alma cualquiera doctrina ó sistema de doctrinas. Algunos quieren poner "una mera fe" en contraste con "una vida justa." Alguien dice: "Intento hacer con otros lo que quisiera que hiciesen conmigo, y eso es mi religión." Responde otro: "Ciertamente el Todopoderoso no se interesa en nuestras opiniones." Y otro dice: "Por *las formas* de la fe combatan los fanáticos; no puede ser culpable aquel cuya vida es sincera." Tales personas piensan que la mirada de Dios se fija solamente en la conducta externa, pero que el estado del espíritu en lo tocante á la verdad religiosa no entra en la composición de la religión. Otros, que son aún más "liberales," se deshacen de la creen-

cia y la conducta, y absorben la religión en los motivos de acción, ó en la sinceridad con que se cumplen los deberes de la vida; así, ellos hacen á *todos* igualmente aceptables á Dios, si todos son igualmente sinceros, sean adoradores del Cristo ó de la diosa Kaly ó sean caníbales.

Ni tampoco puede afirmarse que los argumentos empleados en defensa de estas opiniones estén destituidos de plausibilidad. Porque "querer es poder;" y la causa debe ser maravillosamente obstinada, cuando el talento y la erudición humanos, urgidos por tales motivos como los que *deben* obrar aquí, no pueden servir para ponerla en una luz plausible. En verdad, á menos que estos razonadores no establezcan siquiera á su satisfacción propia, su negativa de la responsabilidad del hombre por su fe, no les queda más que aplicarse honesta y honradamente á averiguar cuáles son las exigencias divinas en el caso, y luégo amoldar sus creencias y su vida de acuerdo con ellas, ó preparar sus almas para sufrir las penas consiguientes. Pero el hacer tal investigación y consiguiente ajustamiento de sus creencias y conducta, es el más lejano de sus designios, y por esto la única alternativa que les queda es, en defensa propia, construir una justificación racional de su posición. Sin embargo, queda todavía una doctrina evidente de la revelación; es decir, que los hombres están sujetos á la responsabilidad más solemne por las doctrinas religiosas que formulan para sí, bajo cuya influencia formativa pasan su época de prueba, y con las cuales se aventuran á la muerte y al juicio!

ARGUMENTOS TOMADOS DE LAS CONVICCIONES INTUITIVAS DE LA HUMANIDAD.

Esta es una apelación favorita en todas las cuestiones controvertidas de la ética; pues todos los lógicos están bien seguros que estas convicciones, cuando están claramente establecidas, con mayor certidumbre que la aguja magnética se dirigen hacia *la verdad*. Y en este sentido nadie querría negar el proverbio *Vox populi, vox Dei est.*

Se pretende que se insulta este *sentido común* de la humanidad con la doctrina de que *las meras opiniones* pueden ser la base de las penas ó de las recompensas. Pero un análisis justo de las emociones y juicios morales de los hombres lleva á una conclusión contraria. Cuando varios sistemas enteramente diferentes de moral ó de religión se presentan al entendimiento, ¿sucede que nosotros consideramos instintivamente que los que profesan éstos ó aquéllos están igualmente libres de toda alabanza ó vituperio en la cuestión? En las controversias entre los campeones de diversos credos, ¿no se condena siempre é instintivamente al que profesa el sistema, como al sistema mismo? Si alguien anuncia en presencia de otros un sistema moral sumamente execrable á sus ojos, ¿no se mezclará instintiva y necesariamente con la aversión á su credo una indignación moral contra el que anuncia el sistema? En verdad, es completamente claro que aunque neguemos enfáticamente á todos los tribunales *humanos* el

conocimiento legítimo de tales culpas, no obstante, nuestras convicciones morales instintivas nos dan un juicio pronto y decisivo de que es culpable quien adopta un credo moral ó religioso groseramente degradante y erróneo. Tan imperativos son estos juicios morales, que aun los materialistas franceses nunca son más elocuentes que, cuando en contradicción directa con su sistema de la necesidad física, vierten sus execraciones sobre aquellos que profesan la fe cristiana; mostrando así que aun ellos consideran culpables á los que de este modo condenan. Pero el hombre va más allá, y *castiga* tanto como condena por causa de las opiniones. Supongamos, por ejemplo, que uno afirme sin reserva que los términos *virtud* y *vicio* son meros sonidos que nada significan, que el vínculo del matrimonio es una sujeción tiránica de los "mandatos del corazón," los cuales debían regir la relación sexual. Las convicciones morales instintivas de una comunidad virtuosa, por no decir cristiana, ¿cómo la impelerían á tratar á tal hombre? ¿Querrían, colocándolo al nivel de aquellos que tienen opiniones opuestas, recibirlo con placer en la intimidad del cariño, que se encuentra entre los más dulces ingredientes en la copa de la vida? ¿Les sería posible no mirarlo con el mismo disgusto y aborrecimiento con que estimarían sus sentimientos morales? En una palabra, hasta cierto punto, ¿no lo desterrarían de la sociedad y no lo obligarían á morar como un leproso "en una casa separada"? ¿Qué es esto sino virtualmente una pena severa por sostener tales opiniones? Además, supongamos que un hombre apto por sus talentos é instrucción para ocupar puestos de

confianza y provecho, sostiene y *abiertamente* proclama que Dios existe sólo en sueños de los entusiastas; que las palabras *deber*, *honestidad*, *virtud* son meros vocablos de *conveniencia*; que el fin principal del hombre es asegurar las mayores ganancias posibles en las oportunidades que tenga para su enriquecimiento personal y propia comodidad. Profesando tal sistema moral, se ofrece para un puesto de responsabilidad en un banco, ó casa de comercio, ó como candidato para algún destino importante y de confianza. ¿Podrá obtener un voto que no sea de algunas criaturas que han negociado de antemano con él, para lograr una participación en el beneficio del robo anticipado? ¿Conseguirá destino? ¿Querría algún hombre sano tener que hacer con él, excepto en alguna ocupación servil, en la cual la facilidad de enriquecerse á expensas del que lo emplea, fuese poco menos que imposible? Y esta exclusión de ese puesto en la sociedad, para el cual, por algunos respectos, es tan apto, y esta obligación de buscar la vida con el sudor de su frente, ¿no son un juicio duro que tiene que sufrir por su parte, y que sin embargo por parte de la sociedad es considerado enteramente justo, y todo por causa de sus opiniones? Por otra parte ¿á quién recibe con amabilidad y corona con colocaciones bien dotadas y con destinos honoríficos una sociedad virtuosa? En lo general, solamente á aquellos que con sinceridad aparente *profesan principios justos* en cuanto á la virtud y al patriotismo. Reflexionando, hallaremos en verdad que es muy común entre los hombres dar recompensas valiosas é imponer penas severas, únicamente á causa de *las opinio-*

nes que sabemos algunos profesan. Un análisis verdadero de la razón de estas decisiones nos revelará que ellas tienen por causa, además de un temor de peligro para la sociedad, originado por los sentimientos inmorales, también una convicción de criminalidad inherente á la profesión de ellos. Y aunque el fin principal sea la defensa propia, como contra una enfermedad contagiosa, sin embargo por sobre el derecho que se siente de tal defensa, hay una justificación interior en la convicción de que el condenado no es sólo un objeto de temor, sino también un criminal. Si pasamos la vista por la página terrible que refiere la historia de la revolución francesa, vemos que la cuchilla de la guillotina, al caer, casi acompasaba con los golpes de un reloj, y que cuanto más abundante corría la sangre, más furiosos eran los gritos por sangre humana! ¿Dónde estaba la semilla de este fruto sangriento? Sin duda ninguna, la condición moral que hizo posibles tales atrocidades, fué el resultado culminante de la titulada filosofía, que comenzando á esparcirse hacia principios del siglo diez y siete, fué desarrollada, popularizada y propagada por hombres como Helvetius, Saint Lambert, el baron de Holbach, Diderot y sus Enciclopedistas, y llenó por fin el sentimiento público de las ideas de que Dios era nada, el hombre una máquina, y su fin principal asegurar el mayor número posible de sensaciones agradables. Dios privado así de su sér, y el hombre de su conciencia y de su alma; la muerte considerada como un sueño eterno, y el dar muerte á un hombre lo mismo que dar muerte á un perro: ¡qué mucho que en tal cráter de pasiones la ma-

tanza humana viniera á ser una diversión! Ahora, ciertamente es una mala interpretación de las convicciones morales de la humanidad, limitar la condenación de esas escenas infernales solamente á los actos externos y palpables de carnicería, sin condenar también los dogmas degradantes y embrutecedores respecto á Dios y al hombre, que fueron la fuente de la cual surgieron. ¿Qué espíritu de sentimientos rectos no se horrorizaría al pensar que tales opiniones pudieran venir á ser universales entre nosotros? Ni sería posible reprimir en nuestro espíritu toda imputación de culpabilidad á los miembros de una comunidad en la cual tales doctrinas se propagaran hasta que hubieran producido el fruto de la atrocidad pública. La apelación, pues, á los juicios morales del género humano, si no es en sí misma decisiva en favor de la responsabilidad del hombre por sus opiniones religiosas, ciertamente no es contraria á ella. Indudablemente es muy significativo que en la vida práctica ocurran muchos casos de imposición de penas por causa de las opiniones, y esto con completa aprobación de la razón y la conciencia de la sociedad. Sin embargo, examinemos más nuestro asunto.

CREENCIA, INDIFERENCIA E INCREDULIDAD.

Permítasenos decir de nuevo, que una de las primeras y más importantes exigencias de las Escrituras es la de una creencia recta, un credo religioso de acuerdo con la expresa voluntad de Dios, mientras que por otra parte la indiferencia es objeto de sus más severas declaraciones. Para ma-

yor claridad, podemos hacer distinción entre la indiferencia y la incredulidad. Consideremos la primera como la expresión de una condición de la mente, que nada afirma y nada niega. Puede nacer de falta de pruebas, de falta de conocimiento ó de falta de disposición para creer. El bruto está en un estado de indiferencia por la causa últimamente dicha. Hasta hace poco tiempo todo el mundo estaba en estado de indiferencia tocante á la existencia del planeta Neptuno, pues ningunas noticias nos habían llegado de aquel distante miembro de nuestra familia solar. La *creencia*, sin embargo, es un estado positivo del entendimiento; es el resultado de la acción del espíritu sobre ciertas proposiciones en consideración á ciertas clases y grados de evidencia. Es esencialmente una afirmación del espíritu sobre la verdad de una proposición. La *incredulidad* es metafísicamente lo mismo que la creencia, diferenciándose sólo por el punto de vista en que considera el asunto de la afirmación. Lo que ésta afirma como verdadero, aquélla afirma ser falso. Para ilustrarlas juntas, tomemos como ejemplo la doctrina de la resurrección. La indiferencia por pura ignorancia pone punto en boca á este respecto. La creencia cordialmente afirma su veracidad, como la niega cordialmente la incredulidad. La indiferencia así definida, silenciosa por ignorancia completa é invencible, de ningún modo puede ser culpable. Por eso es por lo que sólo á la incredulidad, es decir á una positiva repulsa de la verdad, se le puede imputar criminalidad. Aquella alma que echa de sí la verdad, que apaga su santa luz y la degrada al nivel del error, esa al-

ma según el lenguaje de Jesús de Nazareth ¡"será condenada!"

LA VERDAD COMO OBJETO DE FE RELIGIOSA.

El gran crimen de la incredulidad es la manera como trata la verdad; pues, ¿qué es la *Verdad*? Con relación al entendimiento humano, la verdad es la correspondencia entre una afirmación y el estado real de las cosas como han sido, son y serán. "Ciro tomó á Babilonia" es una verdad, pues lo que así se afirma, la historia auténtica también lo afirma. "Irlanda es una isla," "el vapor puede mover una locomotora," son verdades porque hay armonía entre estas afirmaciones y las realidades externas. Sin embargo, esa clase de verdades no tienen relación ninguna aparente, ó á lo más, sólo una relación incidental con mi carácter moral ó religioso, ni tampoco puede ser caracterizada su afirmación como virtuosa ó al contrario. Negar que el ácido carbónico se puede solidificar; que las mareas son debidas á la influencia de la luna, y cualquier número de verdades semejantes, no me pone en antagonismo directo y manifiesto con la ley moral. Pero supóngase que yo, con la luz de la Naturaleza brillando alrededor mío, niego que el universo de los seres contenga un Dios: ¡esto es cosa enteramente diferente! ¿En dónde, pues, podemos poner el límite entre estas clases de verdades tan distintas? Evidentemente entre las verdades morales y las que no lo son,—verdades que directamente implican deberes hacia Dios, y por tanto hacia el hombre, y verdades que no los implican; verdades cuyo tratamiento es á un mismo tiempo *un desarrollo* y

una *exhibición* del carácter moral íntimo, y verdades cuyo tratamiento de ninguna manera,ó á lo menos sólo remotamente, afecta ó es afectado por el carácter moral. La razón es evidente: puedo adoptar ó rechazar la una clase de verdades, y ni en el uno ni en el otro caso doy ninguna indicación del tono moral ó carácter de mi alma, no viniendo yo á ser ni mejor ni peor por eso. Con afirmar ó negar que los cometas giran al rededor del sol, no doy á entender la inclinación moral de mi espíritu, y por tanto ni reconozco ni rechazo ninguna obligación moral. Pero una diferencia inmensa y que salta á la vista, se presenta cuando pasamos á las verdades de otra clase. Tomad, por ejemplo, la verdad fundamental de la existencia de Dios. Quien afirme que Dios existe, *por eso* mismo reconoce que está sometido á las más solemnes obligaciones impuestas por aquel Sér. Por el contrario, quien rechaza y niega esta verdad, por *este mismo hecho* arroja todas las ataduras de Jehová y rompe su yugo, y sostiene, y necesariamete *debe* sostener que las palabras *deber*, *obligación*,*responsabilidad* y las semejantes,son nombres enteramente vacíos y desprovistos de sentido serio. No siendo,pues,el hombre criatura, súbdito, hijo, (puesto que no existe Creador, Supremo Soberano y Padre), no se pueden exigir de él ningunos de los deberes que implican necesariamente tal relación. Por el hecho, pues, de creer en las verdades morales,– verdades que implican deberes, verdades cuya aceptación ó rechazo es indicio de los gustos é inclinaciones morales,– el hombre se sujeta á la responsabilidad más solemne.

PRINCIPIOS RACIONALES DE ESTA RESPONSABILIDAD

Ya hemos indicado algunos de estos principios.

1º El arbol está potencialmente en germen en la simiente, y cuando están reunidas las condiciones necesarias para el crecimiento, una ley *natural* trasforma la posibilidad en realidad. Lo que una ley *natural asegura* en la bellota, una ley *moral lo exige* del hombre. En él hay potencialmente un carácter, una belleza moral y una fuerza para obrar, que cuando se realiza, llega á la idea divina. Empero, la verdad moral es el instrumento esencial de esta realización. Aquel pues que rechaza una verdad moral, huella un instrumento divinamente preparado para su elevación; rehusa levantarse á su propia esfera, y ser preparado para ejercer su oficio como colaborador con su Creador, y reflector de su gloria. Por tanto, esto debe implicar un alto grado de criminalidad.

2º Por esto él demuestra repugnancia profunda y fuerte hacia su Creador.

3º Quien niega una verdad moral, por ese hecho arroja fuera de sí, y por sí mismo las anula, todas las obligaciones para cumplir con los deberes especiales que impone tal verdad; y esto es rebelión flagrante.

4º La actitud relativa del Creador y la criatura, que resulta de la incredulidad de ésta, es otra manifestación de su delito: ¡Dios afirmando constante y enfáticamente las verdades en que están encarnados todos los deberes del hombre, y el hombre con tanta constancia y énfasis negándolas! ¡Qué antagonismo! El Infinito y Eter-

no declara: "¡Yo soy!" "¡Es falso!" responde el Ateo. "¡He revelado mi voluntad!" exclama Jehová. "¡Una revelación divina es innecesaria y absurda!" responde el Incrédulo. La voz celestial proclama: "¡Jesús de Nazaret es mi Hijo bien amado!" "¡No hay Hijo divino!" replica el Incrédulo. Por eso, en la epístola primera de San Juan, capítulo primero, verso diez, se acusa al Incrédulo porque "¡hace de Dios un mentiroso!" ¿Porqué maravillarse de que la incredulidad se tenga en el cielo como crimen, ó que se considere responsables á lcs hombres por esas creencias que producen tales resultados?

5.° Si el hombre no es responsable por sus creencias; si no hay derecho para obligarlo á *creer* rectamente, entonces Dios no es sino Soberano á medias. Nuestras creencias religiosas dan cuerpo á nuestros fines y tendencias, y carácter á nuestros motivos; y éstos juntos son la vida misma de nuestros actos externos. La esencia de una acción es el principio que vive en ella, se expresa por ella y le da su carácter; y fuera de esto, la forma externa no es sino una paja sobre la superficie. Ciertamente, es un despojo general de las prerrogativas divinas quitarles todo gobierno sobre las acciones humanas, exceptuando su forma externa, y dejar en libre independencia ese mundo interior, donde las creencias, motivos é intenciones dan á todos los actos su forma é impulso moral. ¿Qué es manifiestamente más injurioso á la Majestad divina, violar una ley de Dios, ó negar su existencia? ¿Robar con las manos á un vecino su bolsa, ó robar con la mente y con el corazón su Sér á Dios?

6.° Además, de la naturaleza del caso aparece que si el hombre no es responsable por sus creencias, no lo puede ser por sus hechos; deja pues de existir todo gobierno moral sobre nuestra raza. Este punto merece especial atención de aquellos que se estremecen con la idea de la imposición de penas por causa de las opiniones. "Si Dios exige algún deber del hombre, ese deber tiene que estar de acuerdo con la verdad ó la actual naturaleza de las cosas. Por ejemplo, la obligación de rendir culto á Dios, sería inconcebible si tal Sér no existiera; ó "el creer el evangelio," si el titulado evangelio fuese una ficción. Pero una doctrina negada por mí, es para mí, en tanto cuanto se relaciona con algún efecto posible sobre mi conducta, precisamente como si fuese falsa. Un evangelio negado por mí es para mi una cosa que no existe. Pues, claramente, la obligación de obedecer á un Dios que según las convicciones de mi espíritu es nada, es tan absurda é imposible como la obligación de obedecer como á Dios á una cosa que en realidad no tiene existencia; *á menos que* esa obligación penetre hasta mi alma en sus actos creyentes, y allá la haga responsable por la obra altamente audaz de "¡ privar á la creación de su Dios!" ¡de trasformar por sí mismo el Infinito en nada! O, cambiando algo el punto de vista, el hombre no puede ser obligado moralmente á hacer lo que, por la naturaleza del caso, envuelve contradicción. Pero tal contradicción se envuelve en la obligación de obedecer, sin la obligación semejante de creer. Si hay un Dios, sin duda debo inclinarme ante Él, en reverencia profundísima. ¿ Pero cómo puedo

reverenciar á un Sér cuya existencia niega mi alma? Si es verdadero el evangelio, sin duda me somete á muchas obligaciones para con Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo; pero es imposible que pueda pensar en cumplir los especiales deberes envueltos en el sistema evangélico,ó siquiera reconocer la posibilidad de alguna obligación de obedecerlo,si estoy seguro que el evangelio es una ficción. Y así como la confesión y ejecución de un deber dado son de todo modo imposibles sin la creencia en la verdad ó verdades de las cuales emana ese deber, no se puede imponer al hombre tal mandato divino. En otras palabras, un mandato divino para hacer cualquier servicio, necesariamente incluye un mandato igual para hacer todos los indispensables preliminares de tal servicio, y la obligación de hacer los deberes preliminares sólo puede cancelarse ó debilitarse por aquella línea de conducta que produjera igual resultado respecto al deber que se ha especificado. Si, por ejemplo, Dios manda á un apóstol que vaya á Roma en un tiempo determinado, y esto es imposible sin embarcarse en cierto navío, todo el peso de la obligación para obedecer al mandato literal, lo obliga también á la embarcación preliminar. Y si por la última no se puede considerar responsable, tampoco puede serlo por la anterior. Rehusar entrar al navío, es en *sí mismo* rehusar obedecer el mandato original, y es rebelión clara. Así, en el caso propuesto el único modo posible de llegar á ciertos deberes es por el navío de la fé – por creencia en ciertas verdades. Por eso, toda fuerza posible de la obligación al cumplimiento de esos deberes, debe también

obligar al ejercicio de aquella fe, la cual, por la naturaleza del asunto, es un indispensable preliminar del cumplimiento; y todo aquello que releve de la última obligación, necesariamente produce el mismo resultado respecto á la primera. Resulta, pues, que si Dios no puede considerar al hombre responsable por su fe, es destronado, á lo menos en aquello que concierne al hombre. Su autoridad es una ficción, su cetro existe sólo en nombre, su dominio es un sueño. Seguro dentro de las defensas de una incredulidad que aniquila todo, el hombre puede sonreírse de la autoridad de Dios y desafiar todas sus leyes. Si el hombre, pues, puede ser considerado responsable por *algo*, debe serlo por *su fe*, y toda la fuerza de la responsabilidad que obliga á cualquier hombre á algún método de conducta, lo sujeta también á creer esas verdades cuya recepción es la condición necesaria de tal método de conducta. Y así como vemos que *la obediencia* se afianza en *la fe*, vemos también que es razonable y justa la declaración: "El incrédulo será condenado." Habiendo ya discutido los fundamentos racionales de esta doctrina, volvamos á sus condiciones racionales.

CONDICIONES RACIONALES

1º Primeramente, y lo que es más patente, *toda* responsabilidad implica la existencia de un gobernador supremo y moral. De aquí que para el *Ateo* la responsabilidad, tanto por la fe como por la conducta, es un absurdo.

2º Otra condición clarísima es la *verdad de la proposición cuya aprobación se exige.* Es incon-

cebible que exista la obligación de creer como verdadero lo que realmente es falso.

3º También el hombre debe tener las facultades necesarias, tanto para comprender el objeto de la proposición ofrecida á su fe, cuanto para ejercerla. Si sería cruel castigar á una criatura privada de los órganos esenciales de la palabra, porque no hablase, crueldad sólo, sería un término débil para expresar la enormidad de imponer al hombre penas terribles por falta de fe, si el fundamento de esa imperfección fuese privación de esas facultades naturales, sin las cuales tal fe es imposible.

4º Debe tener también todos los requisitos naturales para el ejercicio de esas facultades. No puede haber obligación de caminar, aunque uno tenga piés, á menos que con ellos tenga también el uso de los nervios que llevan á aquellos miembros el mandato de la voluntad. Pero está en la naturaleza de nuestra facultad de creer el obrar de acuerdo con la evidencia. Por esta razón, exigir á un hombre que crea, faltándole evidencia suficiente, es exigir de él lo que es contrario á su naturaleza racional; es exigirle que haga aquello para lo cual no tiene facultades; pues el hombre no tiene facultades para creer racionalmente sin evidencia. Sin evidencia suficiente y accesible, no se puede, pues, exigir al hombre la fe.

5.º Parece, además, preciso que en la constitución del espíritu se asegure una conexión invariable entre la *percepción* de la evidencia y la fe, de modo que así como la creencia racional es posible solamente en vista de la evidencia, así

también con evidencia percibida la incredulidad sería imposible, y con suficiente evidencia delante del espíritu, la fe no nacería voluntaria sino necesariamente. De otra manera, si fuese posible que el espíritu en vista de una proposición sostenida por completa, clara y *percibida* evidencia, continuase negándola, esta incredulidad provendría de algún capricho irracional é inexplicable del espíritu; porque, por lo supuesto, esto no podía ser por falta de evidencia en pro, ni por falta de evidencia en contra. Si fuera esto posible,no podría haber ninguna seguridad en alcanzar ó retener la verdad, ninguna virtud en su recepción, ni culpa en su rechazo. Se pudiera trabajar día y noche en cursos de asidua y penosa investigación, con deseo lo más sincero posible de saber la verdad en un caso dado, y cuando todo se hubiese acabado, y el asunto estuviera examinado hasta en sus fundamentos, y puesto, con la evidencia que lo sostiene, completamente delante del espíritu, todavía de una manera inexplicable pudiera encontrarse uno incrédulo. Y por tal incredulidad no podría ser culpable, porque ella surgió, por decirlo así, á pesar de uno mismo. Y si hubiera habido fe en lugar de la incredulidad, podría haber sido igualmente irracional y sin ninguna relación con la evidencia, enteramente sin carácter recomendable, y de ningún valor. Ahora hemos llegado al nervio de la cuestión, y parece que vemos el eje, por decirlo así, sobre que gira esta responsabilidad.

TRATAMIENTO DE EVIDENCIA

Dada una insuperable ignorancia ó falta de

evidencia, no se puede fundar ninguna pretensión moral sobre el hombre relativamente á la fe. De otro lado, dada la evidencia delante del espíritu, las creencias son tan seguras y constantes como lo es la dirección de la aguja hacia el polo. En cualquier caso, pues, en que se ofrezca suficiente evidencia, el creer ó no creer depende del grado de *entrada* que tenga *en la mente* esta evidencia; ó en otras palabras, del tratamiento voluntario que el hombre dé á esa evidencia. Si deseando imparcial y honestamente la verdad, diere tratamiento justo á la evidencia, inevitablemente vendrá á ser creyente. Por este tratamiento de evidencia el hombre dará señales infalibles de su presente carácter moral. La virtud se exhibirá por honesta, y si la cuestión fuese de importancia, por ardiente prosecución de la obra de examinar, de cerner y de pesar la evidencia, con corazón pronto para recoger cada precioso grano de verdad que se ha descubierto, *cualesquiera* que sean las consecuencias. Un carácter opuesto aparecerá por curso contrario, despreciando ó desnaturalizando la evidencia, y asegurando así la incredulidad. De aquí pues, que según el tratamiento de la evidencia, la responsabilidad venga á tener relación visible con nuestras creencias. Y cuanto más solemne sea la naturaleza de alguna verdad moral ó religiosa, y cuanto más importantes las varias influencias que debe producir sobre la conducta humana, y especialmente cuanto más clara sea la evidencia disponible en el caso, tanto más pesada será la obligación de recibirla, y mayor el delito de rechazarla. Y si fuese la verdad ó las verdades el medio divinamente designado

de librar al hombre del pecado y de la muerte, y restablecerle en el favor de su Dios, entonces sería fatal rechazarla. Siendo importante este punto, ilustrémoslo con uno ó dos ejemplos supuestos. El apóstol Pablo entra á una sinagoga en Efeso y hace una relación breve de la vida, muerte, carácter y pretensiones de Jesús de Nazaret; un judío celoso se levanta indignado y se retira, murmurando imprecaciones contra Jesús y su apóstol; rechaza al Mesías, y, con la evidencia *delante de su espíritu*, no puede obrar de otro modo; empero, dada la verdad de la doctrina del apóstol, hay evidencia á *la mano*, la cual habiendo convencido á Saúl de Tarso, habría bastado ciertamente para traer este otro á la fe que rechaza. La verdad está allí y la evidencia también, y nada más que el pesarla justa y honestamente, falta ahora para la recepción cordial de la verdad. Pero *no quiere* cerner la evidencia, la prueba que Dios en su providencia ha puesto á su alcance, del carácter de Jesús como Mesías; se desvía de ella con indignación y desprecio, y así hace inevitable la incredulidad permanente. Terribles deben ser las consecuencias; tiene que ir á la muerte y al juicio sin un Mesías, y sostener la prueba judicial sin "Abogado para con el Padre." Hubo insulto á la verdad, é insulto á su Hacedor, y abuso de su naturaleza moral, despreciando de este modo la evidencia presentada de una verdad tan grave; y la preocupación temeraria y la decisión apasionada de la cuestión, implican gran criminalidad. Revela también un torcimiento moral que le hace incapaz de discernir y apreciar la evidencia actualmente ofrecida, ó de recono-

cer el desafío dado así, divinamente dado, para seguir en busca de la evidencia indicada. Y esta presente condición moral es indicación de la anterior. El camino por el cual él, así como todos los que se encuentran en tal estado, llegó á esa condición, necesariamente fué el de obedecer á malos deseos, de preferir falsas opiniones morales, de tolerar un mal espíritu moral, de recibir y fomentar ideas bajas y terrenales tocante al carácter del Mesías que había de venir, y todo esto mezclado con orgullo, prevención y alta opinión de sí mismo, tan diferente en todo al espíritu que las Escrituras deben producir en un creyente honrado y piadoso, como era diferente del espíritu de los venerables Simeones y Anas, de los cuales á lo menos unos pocos se presentaron de cuando en cuando para atestiguar el efecto legítimo de la religión antigua sobre el espíritu y el corazón. Tomemos otro ejemplo, el de un gentil inteligente que oye por primera vez el aviso y los anales del cristianismo. El mandato es: "Creed." La fe exige la evidencia; la evidencia en este caso es doble, externa é interna; la primera es la histórica, la última reside en los anales mismos, y consiste principalmente en el carácter de las verdades dichas. Así se dirige principalmente á la naturaleza moral, y su fuerza efectiva depende del grado de armonía que exista entre estas verdades y el estado moral del espíritu y del corazón. Así como las verdades intuitivas son al espíritu, así son éstas al corazón, dado un estado moral normal. Anunciad á un niñito que el todo es mayor que la parte, y si la naturaleza intelectual estuviere en estado nor-

mal, el niño asentirá inevitablemente á ello. De la misma manera, si el espíritu y el corazón estuvieren en un recto estado moral, responderán á la evidencia intrínseca de la verdad moral. Si representamos la naturaleza moral como una campana, y suponemos *sanos y puros* sus gustos, preferencias é inclinaciones, cuando golpee en ella una verdad moral, invariablemente producirá un sonido agradable al oído del Creador. Si cae sobre el alma la luz de estas verdades evidentes por sí mismas, como rayos del sol sobre la bien preparada plancha daguerrotípica, la impresión será exacta é inevitable. En otras palabras, si el estado moral fuere tal como Dios justamente puede exigirlo, el alma responderá con un "¡Amén!" pronto y cordial á cada palabra que proceda de su boca. Esta última evidencia es al propio tiempo la más potente y la más fácil de acceso, porque reside dentro de la verdad misma y necesita solamente un ojo sano y abierto para que la iluminación sea abundante y segura. Y así como este recto estado moral es indispensable á la percepción y apreciación de la evidencia *interna*, así también juega un importante papel en el tratamiento de la *externa*; determinará el modo de su tratamiento por el espíritu, y el celo y la honradez con que se proseguirá la obra de cerner, pesar y probar su fidelidad. En el caso supuesto del judío, si su naturaleza moral hubiese sido como debía haber sido, tales habrían sido su percepción instintiva y su apreciación de la importancia del asunto, de la solemnidad de su posición y de los aspectos morales de la cuestión, que su conducta habría sido muy diferente, y su

espíritu habría llegado á una conclusión muy diversa. Y lo mismo con el gentil á quien se exige creer en el evangelio en razón de evidencia exterterna é interna ofrecida: dependerá principalmente de su carácter moral íntimo el recibir ó rechazar inmediatamente la verdad, ó gastar más ó menos tiempo en llegar á una decisión. Han ocurrido casos de instantánea decisión en contra de las exigencias del evangelio; y otros en que los hombres, escuchando por la primera vez el desarrollo del sistema del evangelio, al instante lo han recibido en sus corazones, saltando y regocijándose y dando alabanzas á Dios. Así es como el tratamiento de la evidencia bajo impulsos de la condición moral presente, y de los gustos é inclinaciones actuales, decide para el hombre la cuestión importantísima de si pasará su época de prueba en el mundo, si bajará á la tumba, y resucitará en el último día para ser juzgado, como el que recibe al Hijo de Dios por Abogado suyo para con Dios Padre, ó como el que lo rechaza. La evidencia disponible, pues, puede ser considerada como la medida de la responsabilidad del hombre por sus creencias, y la culpabilidad humana en esto será proporcionada al mal tratamiento de dicha evidencia. El acto criminal de rechazar la verdad moral, resulta de un culpable estado moral. Pero una explicación completa de este asunto nos lleva un paso más allá.

ORIGEN DE LA INCREDULIDAD

Cada verdad moral es una palabra de Dios, y adoptada por el hombre tiende hacia una intimidad amigable entre ellos. ¿Porqué, pues, no hay

por parte del hombre tal sed por la verdad, cómo la que conduciría á una investigación ardiente en busca de ella, examinando honrada y cuidadosamente toda la evidencia asequible? Y por otro lado, ¿ porqué encontramos al ilustre pagano, hecho vocero de la experiencia de la raza humana, lamentando que los hombres prefieran hacer lo que saben ser malo, más bien que lo que saben ser bueno? Pablo revela el misterio cuando indica el natural estado del hombre *"de la carne,"* y afirma que *"es enemistad para con Dios."* Esta enemistad natural de la criatura hacia su Creador, del beneficiado hacia su bienhechor, ¿ es mera prevención arbitraria? Sobre este carácter elemental del natural estado moral del hombre, un volumen se abre en la historia de *su origen* contenida en las Escrituras. Principió con un acto de rebelión, colocando al rebelde en una condición moral que desde entonces ha sido la herencia maldita de la raza, ¡ la caja de Pandora, sin la Esperanza en el fondo! Primero, en esta caja de males se encuentra *un sentimiento de delito.* Nadie puede honradamente declararse inocente delante de Dios. Este sentimiento de delito produce el *temor*, que está en relación con el *amor* como las tinieblas con la luz. El amor desaloja el temor, y el temor destierra el amor. El condenado no puede amar ni al juez ni al ejecutor; y en lo profundo del corazón del hombre hay la seguridad de que Dios justamente desempeña ambas funciones. El fugitivo de la justicia no puede amar al oficial que le persigue; y el hombre sabe que eso pasa entre él y Dios. Por consiguiente, entre los huéspedes de los varios de-

partamentos del alma está también *el Espanto*, durmiendo allá un sueño inquieto. Un ruido á media noche; una muerte repentina á su lado, producida por un rayo, hacen temblar al hombre. ¡El mundo no encierra un hombre que no sea alguna vez cobarde! Macknish en su "Filosofía del Sueño," hablando de los terrores que vienen algunas veces "cuando sueño profundo cae sobre el hombre," dice: "Ninguna firmeza de espíritu puede en todo tiempo resistirlos." Valor y filosofía se oponen frecuentemente en vano. No sucede así con los seres impecables. La *Vergüenza* también engendra la enemistad, así como es hija de la conciencia de la culpa. Dice un antiguo refran: "odiamos á quien hemos injuriado;" y cada hombre sabe que ha injuriado á su Hacedor. Un sentimiento de completa desemejanza de carácter moral entre Dios y el hombre, aumenta este odio y enemistad. Como súbdito del gobierno moral de Dios, el hombre se siente contrariado y refrenado en sus fuertes y naturales inclinaciones, en sus deseos y apetitos, y sabe que está amenazado de castigo. Tales son algunos de los elementos del natural carácter moral del hombre, los cuales invariablemente producen la enemistad para con Dios, y como consecuencia, para con la verdad de Dios, que es su imagen y le da á conocer. Y cuando uno aborrece una doctrina en su fuente, en su naturaleza y resultados, no es mucho que sea negligente para admitir en el espíritu la evidencia que, confirmando su verdad, le da dominio justo sobre el corazón y la vida!

AMARGAS CONSECUENCIAS

Tal es la fuente amarga; observad, pues, cómo convergen sus corrientes hacia el Mar Muerto de la incredulidad. Un resultado muy frecuente de la conclusión preconcebida del corazón contra la verdad, es cerrar deliberadamente los ojos á toda evidencia en un caso particular. Para producir este resultado, la depravación interna puede tomar una ú otra de diversas formas. Puede presentarse como una arrogante suficiencia que desprecia admitir que una tal verdad haya podido escapar á su conocimiento é inteligencia ; ó negando dogmáticamente que sea razonable ó posible; ó preguntando si el mensajero escogido por la providencia de Dios para anunciar primero la verdad, podría ser un pescador ignorante, ó un colector de contribuciones, de cuyos incultos labios el hombre elegante y educado no quería admitir que saliese la verdad, y cuyas manos encallecidas por el trabajo, no querría estrechar como igual el hijo hastiado de la riqueza ; ó puede nacer una sospecha astuta de que haya oposición entre la doctrina propuesta y sus inclinaciones, y sus costumbres de pensamiento y acción, ó con ciertas opiniones mantenidas durante largo tiempo, y en cuyo abandono no quiere pensar. Si fuese admitida esta doctrina, tal vez produciría destrucción muy desagradable de sus goces mundanales, obligándole á veces, ya al abandono de una profesión ó empleo, ya á tal ó cual modificación en los métodos de seguirlos, que parará en disminuir el número de sirvientes, reducir el esplendor del modo de vivir, y traer á una medi-

da más baja toda la conducta y gala de la vida. El lenguaje del corazón es: "¡ Que la religión descienda de la *Cruz*, y la creeremos y la recibiremos !" Por tales causas, frecuentemente delicadas, y eludiendo el sentido interior, aun teniendo influencia grande sobre las percepciones morales y la potencia intelectual, muchos con prontitud y decisión cierran la puerta del alma á todo rayo de evidencia de esta ó aquella verdad que implique deberes numerosos y solemnísimos, y cuyo tratamiento vincula consecuencias de la mayor importancia. En muchos el rechazar la revelación es una consecuencia necesaria y directa de una diligente y perseverante familiarización del espíritu con todos los argumentos, mofas y sarcasmos coleccionados por las publicaciones de la imprenta incrédula y por los labios del club de los incrédulos; y por otro lado, de resguardar con mucho cuidado el ojo y el oído de toda palabra y argumento en contra, exceptuando los que vienen de caminos escépticos y acompañados con el antídoto de respuesta y refutación de los incrédulos. Tales hombres, siquiera fuesen los argumentos de éstos más débiles aún de lo que son, y aunque la evidencia del cristianismo fuese de carácter demostrable, necesariamente deberían permanecer en la incredulidad. A menudo también, si se concede *algo* á la evidencia, es tan achicado y tan dañado por la influencia de las prevenciones que gobiernan el espíritu, que éste queda todavía bajo el dominio del error, del cual error un poco de buena fe bastaría para librarle. Así principian dos hombres una discusión. Supongamos que son iguales en penetración, lógica y ar-

te dialéctica. Unos mismos manantiales de evidencia están abiertos igualmente para ambos; sin embargo, el resultado será que cada uno se retirará de la disputa con ideas más firmes que antes, sobre sus creencias. Y el secreto del asunto consiste en la diferencia con la cual tratan la evidencia, cada uno en contra ó en favor de sí mismo. A la luz de la evidencia en favor de su doctrina querida, abre muy grandes los ojos de su espíritu hasta que, preocupado con una vista exagerada, de un lado, tiene poco poder para estimar justamente el otro. Esto sucede especialmente con la verdad religiosa, que al entrar al espíritu, no viene solamente como una joya para tomar su posición preparada, ni meramente como huésped para ocupar el estrado bien adornado, sino como señora y maestra. Viene para cambiar las costumbres, arreglar la vida, dar leyes á los manantiales íntimos de acción, á los objetos y motivos, á las inclinaciones, emociones y pasiones, para cautivar para sí misma aun *los pensamientos*. Y si pudiera ser analizado el mal tratamiento de evidencia en el caso de la verdad religiosa, y pudiera ser representado delante del ojo del hombre (como de veras lo es ante los ojos de Dios, que ve todas las cosas), se descubriría *á nuestra* vista también la deshonestidad grandísima que nace principalmente de la sutil acción de una pasión profunda y criminal por el error, ó por el modo de vivir que él permite, y por otro lado, de aversión por la verdad ó por la vida de abnegación de sí mismo que inculca. El hombre se va en busca ostensible de lo que llama afablemente la verdad, manteniendo en todo este tiempo una

aversión intensa por la *verdad actual*, y una fuerte preferencia por ciertas doctrinas contrarias. Esta preferencia, por un lado, y aversión por otro, se unen para torcer sus opiniones y desviar su juicio, exagerando la evidencia por la doctrina que quiere y disminuyéndola en favor de la contraria. Y así la verdad celestial se suprime, y el hombre se asegura un camino hacia el sepulcro por un desierto oscuro y peligroso.

HECHOS CONFIRMATIVOS E ILUSTRATIVOS

Muchos hechos extraordinarios en la historia de las creencias humanas, ofrecen más ilustración y confirmación de nuestro argumento. Revoluciones repentinas y extrañas se registran en las opiniones religiosas de los hombres, no solamente sin aumento, ni de verdad ni de evidencia, sino además sin facilidades nuevas de acceso á la evidencia. El autor tiene datos verosímiles de un hombre de talentos y alcances de ningún modo despreciables, que en otro tiempo mantuvo una incredulidad decisiva y aun maliciosa. A su incredulidad agregaba su compañero ordinario, lenguaje muy profano, y sin embargo, un día, repentinamente, sin premeditación, sin argumento ó exhortación, sin un solo rayo de adicional evidencia, su incredulidad alzó el vuelo y voló, dejando en su lugar una convicción como la que procede del conocimiento de la verdad del cristianismo. ¿Cómo pudieron suceder tales cosas? Sin duda, entonces, por primera vez, honradamente permitió que la verdad concentrase sus rayos sobre su alma. Tal vez sus preocupacio-

nes se habían debilitado; quizá por profundas causas internas había sucumbido su aversión á que la idea cristiana fuese verdadera. Sea lo que fuere, él con buena voluntad admitió en su alma la luz, que hasta entonces había extinguido por incredulidad, y el resultado fué una rápida revolución de todas sus ideas en lo tocante á las doctrinas de la verdadera religión, aborrecidas hasta entonces. Se nos ha informado que otro empleó casi ochenta años en fabricar al rededor de su alma las fortificaciones de roca del deísmo. A menudo sus ancianos labios se jactaban de la aptitud de su sistema "aun para morir," porque una y otra vez había estado enfermo y casi á las puertas del sepulcro, y al través de todo, sus defensas permanecieron invulnerables; pero, paseándose un día en su hacienda, una voz quejumbrosa llegó á su oído; caminando en dirección del sonido, descubrió que éste provenía de la voz de la oración, de los labios de uno de sus negros, que oraba por *su* alma! Su espíritu se estremeció dentro de él, con movimientos extraordinarios. Antes de que pudiera darse cuenta, su deísmo de ochenta años había desaparecido, y pronto vió en aquel libro, que por tan largo tiempo y tan cordialmente había calumniado, un sistema de verdad indudable. ¡Qué sugestión para los incrédulos, que la voz débil de un negro en oración pueda ser tan poderosa, Dios mediante, que logre destruir, por decirlo así, en un momento, sistemas de fe cuya formación había exigido los mal dirigidos pensamientos y energías de casi ochenta años! Si Dios puede hacer tal destrucción de las estructuras religiosas del hombre, con tal instrumento, ¡qué no

pudiera hacer con su propia voz en la hora de la muerte, ó antes, ó después! Un incrédulo que se aventura á la muerte y al juicio, confiando en su defensa hecha por sí mismo, es como un soldado que marcha á vanguardia en una espantosa batalla, donde cañones, mosquetes y rifles arrojan una tempestad de plomo y hierro, y que confía protegerse con escudo de papel. ¿Y cuál fué el procedimiento por el cual el deísta pasó de la negación á la afirmación, de la incredulidad á la fe? Los argumentos acumulados y fortalecidos durante ochenta años, no se respondieron uno á uno y se refutaron. El hecho fué que cesó su oposición activa contra la verdad. Esa verdad con la cual se había familiarizado desde su juventud, por primera vez fué recibida con buena fe delante de su espíritu. La naturaleza moral, pervertida durante toda la vida, y degradada para servir al error, se permitió obrar de acuerdo con la ley de Aquél que la crió. El permitió que penetrase en su alma, con su natural esplendor, aquella luz que luchó por extinguir durante tanto tiempo, y por esto pasó á ser creyente. Porque á la evidencia vista *tiene* que entregarse el espíritu. Pero todavía hay un testimonio más notable. Hay ejemplos, no pocos, en los cuales los hombres repentinamente han abandonado incredulidad determinada é impía, y han llegado á una certidumbre profunda de la verdad de la revelación, no sólo sin la esperanza más lejana de gozar en cualquier tiempo los prometidos beneficios de la religión, sino al contrario, con la convicción profunda de que las doctrinas que ahora afirman con tanta firmeza son el anuncio y la seguridad de

su ruina eterna. Todos saben bien de cuán sorprendentes errores en lo moral y en lo religioso es capaz el espíritu humano, cuando es dirigido por prevención, pasiones ó imaginado interés propio. Seducido, por ejemplo, por la esperanza de grandes ganancias pecuniarias, puede tranquilizar la conciencia y adoptar excusas ingeniosas para sistemas de conducta que implican mentira, engaño, fraude, en una palabra, casi toda clase de maldad. Pero hé aquí que hay hombres delante de cuyos espíritus se presentan ciertas doctrinas para ser afirmadas ó negadas. Si por un procedimiento de engaño propio, que de ningún modo es raro, se persuaden de la falsedad de estas doctrinas, entonces sin temor, y con certidumbre de seguridad absoluta, pueden continuar hasta la muerte su desprecio y condenación, y más allá de la muerte, si hubiese un más allá. *Nunca* puede el espíritu ser cohechado de una manera más fuerte hacia la incredulidad. Pero al afirmar las doctrinas, están bien seguros de que por eso afirman para sí mismos una eternidad miserable; sin embargo, con toda su alma y fuerza declaran la verdad de esas, para ellos, fatales doctrinas. Nunca es más evidente el poder de la verdad! Escuchad ahora al moribundo Sir Tomás Scott que grita: "Hasta este momento había creído que no había ni Dios, ni infierno; ahora siento y conozco que existen ambos, y que estoy destinado á condenación por el justo juicio del Dios Todopoderoso." Voltaire durante toda su vida arrojó con lengua y pluma una corriente de despreciativo y maligno ridículo sobre el nombre y la causa de Jesucristo, haciendo del "*écrasez l' infame*" el

terrible lema de su partido. Pero en sus últimas horas envió por Tronchin. Cuando llegó el doctor, le encontró en la mayor agonía, gritando con el más grande horror: "¡Estoy abandonado de Dios y de los hombres! Doctor, le daré á usted la mitad de mi fortuna si me da seis meses de vida!" "¡Usted no puede vivir seis semanas!" fué la respuesta. "¡Entonces, voy al infierno, y usted irá conmigo!" dijo Voltaire. Aterrado el doctor, se retiró, observando que las furias de Orestes podrían sólo dar una débil idea de las de Voltaire. Un joven inteligente, pero impío, repentinamente se halló en artículo de muerte, y sus últimas palabras, pronunciadas en tono claro y penetrante, fueron estas: "He intentado negar un infierno futuro: ¡cuán inútil tentativa! y ahora sé que voy á perecer eternamente." Tales ejemplos podrían multiplicarse, pero son demasiado tristes para contemplarlos; basten éstos. Pero, ¿cómo sucede que esos hombres creen por primera vez en la verdad de las Escrituras, precisamente cuando ven que estas verdades no pueden salvarlos? ¿Porqué *ahora* afirman lo que durante toda su vida habían negado? ¿Y porqué abandonan *ahora* doctrinas queridas por tanto tiempo, defendidas con tanto ardor, y en las cuales tenían tanta confianza? ¿Porqué cambian *ahora* doctrinas que dejan el futuro sin un solo objeto de temor, por aquellas que saben bien envuelven sus esperanzas en las tinieblas eternas? No fué debido á la fuerza de nuevos argumentos, ni de aumento de evidencia, ni de algún ardor de exhortación; sino que ahora por primera vez la verdad encontró tratamiento honrado en su

espíritu. Una hostilidad criminal hacia la verdad y sus exigencias particulares, la había torcido y la había excluido de su espíritu; pero ahora se acabó el engaño, y la verdad se les presentó cara á cara con toda su natural majestad! Si ellos hubiesen buscado honradamente, deseando conocer y recibir la verdad, cualquiera que ella fuese, y cualquier cosa que prohibiese y mandase, entonces podrían haber alcanzado una fe que pudiera haber sido su salvación. Pero manteniendo una aversión criminal hacia ella, ofrecieron sus ojos para que los vendase el error, hasta que la realidad hizo entrada en su alma, y entonces vieron á un mismo tiempo la verdad y su ruina. Negaron por maltratamiento de evidencia accesible. Creen porque, de grado ó por fuerza, esta evidencia, por largo tiempo á su alcance, pero ocultada, ahora confronta con el alma y derrama sobre ella su luz suprimida durante tanto tiempo.

VERDADERO CARACTER DE LA INCREDULIDAD

Con todo lo dicho, la Incredulidad se presenta en su verdadero carácter. En su origen es una depravación de la naturaleza moral; en su forma y resultado, una total rebelión. No es un estado meramente neutral, proveniente de ignorancia invencible, sino un positivo rechazo de la verdad sostenida por evidencia suficiente, al alcance de todo el que la busque honradamente. En su acción y en su resultado, la incredulidad es el gran antagonista del Creador. Es la gran racionalista SEEVA, la Destructora, constantemente deshaciendo para el hombre las más excelentes

obras de Dios. Las grandes realidades del universo no son sus existencias materiales, sus montes y mares; ni siquiera sus estrellas, por bellas que sean en su esplendor, y grandes en su magnitud; todo esto es no más que tablado provisional, apariencia momentánea de *lo real* y de *lo duradero.* ¡Solamente las cosas espirituales son verdaderamente reales! Pero, sobre la cosa más gloriosa de éstas, no permite la Incredulidad que brille la luz. Hecho á imagen de Dios, el espíritu humano es como una campana de oro suspendida en el firmamento de la eternidad, para hacer resonar en todas partes toda palabra que la hiera, y que salga de la boca del Creador; pero, por causa de la Incredulidad, las más solemnes de estas palabras, preceptivas y declarativas, se tornan silenciosas; las verdades más poderosas son aniquiladas, y el vacío se propaga por regiones que Dios ha poblado abundantemente con realidades vivas y eternas. ¿Qué es el Calvario, sino unas tantas cargas de tierra, que no valen más, ni son más sagradas que cualesquiera otras? Las lluvias las arrastran, las bestias ramonean allá, y los fuegos últimos lo destruirán ¡Pero la crucifixión efectuada allá sorprendió á los ángeles, expió la culpa humana, y por siempre resplandecerá como registro glorioso en los archivos del Cielo! ¡Sin embargo, la Incredulidad retiene el Calvario y aniquila la propiciación! ¿Qué son soles, estrellas y sistemas, sino transitorias aunque resplandecientes tablas en las cuales se graban las grandes verdades de la divina existencia, poder y sabiduría, y cuyo lustre más brillante resulta de las verdades grabadas en ellas? ¡No

obstante, la Incredulidad conserva las tablas, y borra las verdades que ellas recuerdan! ¡Para algunos espíritus, por causa de la Incredulidad el cielo es nada, y el infierno es nada; la resurrección es nada; los angeles son nada, y Dios es nada; mas el hombre, y la materia, y el presente son todo! ¡La Incredulidad es destructora! Además de eso, como se ha demostrado, es un audaz rebelde, y esto en un doble sentido: primero, por el simple hecho de no creer, porque se nos manda creer; y en segundo lugar, porque es un abandono de todas las obligaciones especiales que encarnan en las verdades realizadas. Por esto es rebelión fundada en la falsedad, y cada incrédulo es á un mismo tiempo mentiroso y rebelde, por cuanto afirma la falsedad de una verdad moral; y lo último muy abundantemente, por cuanto trata como nulos los deberes que impone la verdad. De aquí que Juan, el apóstol bien amado, aun no habituado á la austeridad del pensamiento ó palabra, exclama: "¿Quién es mentiroso" y merece ese nombre "sino aquel que niega que Jesús es el Cristo?" Contemplad ahora al *Ateo* que cierra los ojos á la luz radiante de los cielos arriba, y de la tierra abajo; á toda la evidencia proporcionada por la providencia de Dios; á toda la comprendida en la verdadera contextura de su alma, y exhibida en cada uno de los órganos de su cuerpo, y que exclama en la presencia de Dios: "¡No existe Dios!" ¡En algunos respectos su pecado parece aún más grande que el de Satán; porque si éste se rebeló contra su Creador, aquél se mofa, considerándole como una nonada! Con diez mil voces al rededor, que cantan en coro á un Dios

que existe y gobierna todas las cosas, el Ateo con los dedos en los oídos, y con una sonrisa de insolente incredulidad sobre la faz, intenta apagar ese coro con su débil voz! "¡Yo soy!" exclama Jehová. "¡No eres!" responde este efímero aniquilador del Dios de la creación! "¡Amame con todo tu corazón!" es el mandato. "¡Amar á una nonada!" es la burlesca respuesta. "¡Obedéceme!" "¡Obedecer á una nonada!" ¿Puede el Dios del cielo tener por inocente á tal hombre? Y el *Incrédulo*, con evidencia acumulada á su alrededor por la profecía y por los milagros, por la observación y por la experiencia, niega una revelación, y por esa negación misma anula por sí mismo todas las leyes que ella anuncia, y se burla de todos los deberes peculiares que prescribe. La diferencia entre el Incrédulo y el Ateo consiste en que el uno contradice á Dios en *todo* lo que dice, y el otro en *una parte* solamente; el uno aniquila á Dios, el otro le permite que exista pero le reputa como sordo-mudo, no permitiéndole ni hablarnos ni oírnos cuando le llamamos. Y así de los demás *que están en el error*, que admiten un Dios y una revelación, y sin embargo roban á esa revelación sus verdades más importantes. Tomando el candelero de oro con sus mil luces, las extinguen todas, exceptuando la más oscura. Permiten que brillen todas las otras más bien que "la luz de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo;" apagan ésta, y en consecuencia su camino en este mundo queda sumergido en terrible oscuridad.

CONCLUSION.

De aquí concluimos que habiendo Dios, por un

lado, provisto al hombre de las facultades mentales requeridas y de las condiciones racionales para su propio ejercicio; y habiendo, por otra parte, promulgado por la Naturaleza y la Revelación las verdades de que proceden los deberes principales del hombre, y en que encuentran toda su fuerza de obligación, no solamente tiene derecho para prescribir á los hombres aquella *creencia* en esas verdades, que es condición esencial para el cumplimiento de esos deberes, sino que, si ha de ser Soberano más que en el nombre, es preciso que la prescriba. Por eso, en vez de ser absurda la doctrina de la responsabilidad del hombre por sus creencias religiosas, en realidad es enteramente absurdo creer de otro modo. Es gran absurdo decir que "Dios no se cuida de las opiniones del hombre" cuando esas "*opiniones*," en el sentido intentado, son las conclusiones del espíritu tocante á si existe un Dios, si se ha hecho una revelación, determinado un juicio final, ofrecido un cielo, ó amenazado con un infierno; conclusiones que contienen la medula misma y el alma de todos los deberes morales. "*¡No puede ser culpable aquel cuya vida es justa!*" es un evidente absurdo en el sentido propuesto. Es como si se dijese: "¡No me importa que *el árbol* sea muy malo, si *el fruto* es bueno!" Pero un árbol malo *no puede* producir fruto bueno; y una vida *no puede* ser justa cuando carece del principio mismo en que consiste *toda rectitud*, y este principio de rectitud consiste en el reconocimiento racional de la ley divina, la cual es imposible para aquel cuya "opinión" es que no existe ni ley divina ni Legislador. El prescindir en nuestras convicciones estableci-

das de un Dios existente, de una serie de leyes divinas promulgadas, de una expiación efectuada, es, para no decir más, suficiente para quitar todo valor moral á cualquier acto posible para el hombre. Dios ha presentado á la vista humana ciertas verdades. Un mandato tan solemne como la eternidad obliga á todo hombre en quien encuentren entrada estas verdades, á responder á ellas con un cordial Amén, salido de un corazón bueno y sano, y luégo con su influencia formativa y directiva, como un navío con viento favorable, moverse hacia el puerto del Cielo.